

XVIII.

POR QUÉ ANGELA HABIA PARTIDO.

Octavio fué á ver al ministro; mas aunque suplicó mucho, el ministro le dijo que los diaries habian hablado demasiado para que, á su vez, la justicia no hablara.

Escribió á Violeta por el mismo correo, pues el hombre de la corbata encarnada habia vuelto.

»Querida mía:

»Te conozco profundamente. Me decias con frecuencia que, para tí, el mundo consistia en mí. Pues bien; yo te juzgo. Saldrás de la trampa en que te han metido, tan blanca como un lirio.

»Tu constante amigo,

»EL DUQUE DE PARISIS.»

Luego escribió á su prima sin cambiar de tinta:

«Mi querida Genoveva:

»Adivino vuestro dolor. Os dejé como un loco, pe-

ro os amo como un hermano. Hablad, y me pondré á vuestras órdenes.

»OCTAVIO.»

Tantas emociones no privaron el señor de Parisis el acordarse de la señora de Marsillon.

Al siguiente dia esperó á Angela con cierta curiosidad y agitacion, bien que pensando constantemente en Violeta.

La jóven no volvió.

Al siguiente dia esperó.

Tampocó la vió.

Por la noche resolvió escribirla este billete:

«Angela:

»Os he aguardado, os aguardo y os aguardaré: es necesario que os hable y que vos me habéis. Quizá os gustan los resplandores de la luna en Baden; pero á mí me gusta la luz de Paris. Venid á cenar esta noche conmigo: os recibiré con vino del Rhin.

»No digais ni una palabra al juez.

»Ya conoceis mi nombre y las señas de mi casa.»

A este billete Angela contestó:

«No me aguardéis; no beberemos vino del Rhin en una misma copa. Vuestra carta me llega á la hora misma en que dejo esta odiosa casa.

»Si vuelvo algun dia lo sabreis.

»ANGELA.»

Este billete irritó vivamente á Octavio. Ante la muralla de lo imposible parece que brotan alas.

Quiso ver á Angela. Hacia cinco minutos que Angela habia partido.

—Donde ha ido? preguntó Octavio furioso.

—A fé mia, caballero, dijo una mujer acompañando sus frases con una risa desvergonzada, no ha dejado aquí el *número*.

Octavio no pensaba ya en Angela, cuando recibió una carta de Champauvert.

Era la contestacion de la señorita de la Chastaigneraye al duque de Parisis:

«Mi querido primo:

»Creo que cada uno de nosotros siente su dolor. Yo no puedo consolaros y vos no podeis consolarme.

»Estrecha vuestra mano.

»GENOVEVA.»

—Y bien, dijo Octavio, hé aquí un billete conciso: en mi familia no hay aficionados á escribir cartas largas.

Y luego de haber releido el billete, añadió:

—En esta jóven hay algo de sibilítico: habla siempre con una elocuencia misteriosa.

Y no pudo reprimir un movimiento de celos.

—Sé perfectamente porque no puedo consolarla, dijo: esta mujer ama á alguien. Y sin embargo...

Tal vez el lector se figurará que Octavio trató de

entrar en la buena senda y dejar la vida parisiense; mas quién hubiese podido retenerle en sus locuras?

Necesario es que aguardemos.

Al siguiente dia escribió este aforismo en el álbum de una señora:

«La virtud de las mujeres es como la luna. Tiene sus fases, sus revoluciones y sus eclipses. Hace traicion á los amantes en el creciente y á los maridos en el menguante. Se ostenta de frente en sus tres cuartos y de perfil. Se muestra en todos los barrios... hasta en el de Breda.»

XIX.

ALGUNAS PARADOJAS DE MONJOYEUX.

Cierta noche, los vagos del Café Inglés, no sabían que decir y todos permanecían serios. Era un cuarto de hora de sabiduría entre la locura de siempre. Las mujeres dormían envueltas en sus ricos trajes, perdiendo sus cabellos, aunque guardando sus diamantes. Todo el mundo hablaba de escalar el escabroso monte de la fortuna, el uno por la política, el otro por el periodismo, este por el teatro, aquel por el dinero ajeno.

Monjoyeux tomó la palabra:

—Todo esto está muy bien, dijo, pero razonais como niños mimados que se imaginan que se puede cojer la luna. Y el médio? Es siempre la historia de Arquimedes. Dadme un punto de apoyo y haré mover el mundo, con el objeto de dar un poco mas de sol á Paris, pues estamos hoy á quince grados bajo cero y la capital del Universo no puede, con tanto frio, durar mucho. Pensad en Babilonia, en Cartago, en Roma y en Atenas!

—No se trata de mover el mundo: se trata única-

mente de adquirir cuatrocientas mil libras de renta.

—Sí, sí, nada mas que esto, dijo una señorita que estaba dormitando; si Gaston me proporciona esta renta, seré un ángel.

Monjoyeux miró á la que así hablaba.

—Si fuese mas hermosa, dijo, yo la haría esta renta de cuatrocientas mil libras, pues ella sería mi punto de apoyo para las grandes ideas que aquí germinan.

—Y cuales son estas grandes ideas que germinan? preguntó Octavio á Monjoyeux.

—Hijos míos, el Monjoyeux que os habla no es un advenedizo. Como Veillot y otros grandes señores que no se alaban de ello, nació en una taberna; mas le dió á luz un buen tonel. Vedlo sino, amigos míos: tengo mis treinta y dos cuarteles de harapos como vosotros teneis treinta y dos cuarteles de nobleza.

—Noé! salvaos del diluvio! gritó Octavio.

—Y bien: se me talló segun el gran modelo. Yo soy un hombre y el que puede decir que es un hombre está muy cercano á ser un grande hombre. Me habeis silvado en el teatro porque soy demasiado alto y estais acostumbrados á las estaturas de mujeres. Mi papel es heróico y solo sois aficionados á las miniaturas: vuestros cómicos á la moda son unos liliputienses. Yo soy un Shaskpeare y un Moliere, ni mas ni menos. No representaré bien mas que las piezas que componga yo mismo: lo que me falta no es el génio sino el teatro.

—Donde encontrarás la mujer? preguntó Octavio.

—Es cierto: donde encontraré la mujer? Yo no soy tan solo un Moliere ó un Shakspeare: yo me llamo Fidias. Mi bajo relieve *La Patria está en peligro*, os dió una idea de mi estilo. Mi busto de la señorita Javart os ha probado mi gracia y mi sentimiento. Pero quien me dará el marmol? Los señores diputados franceses se estarian mas bien ante la línea recta de un camino vecinal que ante la línea curva de una estatua.

—Donde encontrarás la mujer? insistió el señor de Parisis.

—No es esto todo. Me llamo Maquiavelo en mis momentos perdidos; hago y deshago los imperios. Si tuviese una tribuna demostraria la nada de las ambiciones políticas, el abismo de los gobiernos parlamentarios y la belleza del despotismo democrático. Trazaria el mapa definitivo de Europa, daria la palabra de orden á la diplomacia y firmaria la paz del mundo ante las erizadas barbas de la América. Qué se necesita para hacer la guerra? Dinero. Y cuando no se tiene dinero se necesita aun dinero. Y bien: gracias á esos soldados que se llaman escudos, yo afianzaria la paz universal. Pero quién me dará la tribuna?

—Donde encontrareis la mujer? volvió á preguntar Octavio.

Llamó y dió orden para que trajesen de beber á Monjoyeux.

—Mi querido Monjoyeux, le dijo, esto son parado-

jas nocturnas, no se rehace el mundo en un dos por tres.

—Entonces nos cruzaremos de brazos.

—No, no nos cruzaremos de brazos: nos contentaremos con algo menos de cuatrocientas mil libras de renta: mañana representarás la comedia; por la tarde y por la noche esculpirás un busto.

—He nacido para representar los primeros papeles en la vida y me condenais á la representacion de los últimos. Cuando quiero escribir en un diario, cuando quiero ver á un director de teatro, cuando quiero retratar á alguien causo miedo. No es tan sencillo esto de escribir, representar una comedia ó esculpir un busto! El jénio es un molino que dá vueltas en el vacío cuando no tiene trigo debajo de las muelas. Esta es mi historia, la historia de todos los que no han comenzado por el despotismo paternal de las escuelas, por el Conservatorio, por la escuela de Roma, por la Universidad. En cuanto á mí, yo arrojaria todas las escuelas por la ventana.

—He aquí porque nunca harás carrera.

—Lo veremos! gritó Monjoyeux despues de un momento de silencio. Hace ya demasiado tiempo que dudo de mí mismo; quiero probar mi fuerza. Tengo mi idea: tengo mi punto de apoyo. Adios!

Y Monjoyeux salió con gran sorpresa de todos sus amigos sin ni siquiera beber la copa de Champagne helado que acababa de llenar la señorita Jacinta, una Hebé con pieles, que exclamó, bebiendo:

—A la salud de Monjoyeux!

—Qué es lo que podrá ser su punto de apoyo? se dijo Parisis.

Hacia ya algun tiempo que no se habia visto á Monjoyeux en la Casa de Oro, en el Café Inglés, ni en los estrenos. En Paris se olvidan muy pronto las figuras de la galeria viviente; y si no se les vé, apenas si una frase pronunciada al azar despierta el recuerdo de los ausentes. En la vida agitada que os coje hasta en las horas de sueño por los devoradores dientes de las horas en que no haceis nada, ¿cómo queda tiempo para volver á lo pasado, evocar recuerdos desvanecidos, sentir la ausencia de los alegres compañeros ó de las queridas eclipsadas? Se hunde lo pasado en el abismo sin que nadie se incline sobre él para ver si está bien muerto. Viejos uniformes, viejos galones, qué me quereis? En otro tiempo los recuerdos tenian templos: hoy viven tan solo en las prenderías ó en las tiendas de desperdicios sociales; hoy se vive por hoy.

Monjoyeux habia desaparecido sin que se supiese porque y sin que se preguntase que locura le arrasaba.

Cierta noche sin embargo, Octavio que echaba de menos aquel buen amigo tan lleno de expansion y de franqueza hasta en sus horas de misantropia, hubo de preguntar si se habia visto á Monjoyeux.

—Monjoyeux! repitió Miravault: ni siquiera me acuerdo de él. Cenamos juntos hará unas seis sema-

nas y nos dejamos para irnos á la cama. Permanecimos en la mesa desde las doce menos cuarto hasta la aurora, color de Champagne. Las señoras de los Bufos Parisienses nos acompañaron. Monjoyeux no estaba tan gris cual yo si mi memoria no falta; habia escrito—entre dos vinos—un tratado de metafisica para el *Figaro*. Aquellas señoras lo encontraron sublime. Me preguntó mi opinion; mas tu sabes que el vino me alumbra demasiado para tener opinion propia.

—Pobre Monjoyeux? sentiria mucho no verle; he estudiado todos los filósofos de la antigüedad; pero no hé encontrado ninguno que sea, cual él, tan profundo.

—Sí, profundo como el tonel de las Danaides: cuanto mas se le echa de beber, mas bebe.

—Qué quieres! se habrá contratado en algun teatro de provincia. Estoy seguro de que si se hacian hacer escavaciones en Perigueux, el país de las trufas, se le encontraria allí representando los papeles de Federico y metiendo mas ruido que la cascada del Niágara.

—Nó: tiene mas pretensiones: se habrá ido á algun teatro extranjero: á Baltimore ó á Odesa.

—Quién habla de Odesa? preguntó una voz muy conocida y abordando el perfil del duque de Parisis.

—Monjoyeux! exclamó Octavio con placer.

—Cuando se habla del lobo, dijo el marqués de Saint-Aymour, pronto se le ven los dientes.

—Sí, mi querido marqués, me he convertido en

lobo; mirad mis dientes; vereis la carnicería que voy á hacer en el pobre mundo. Ya he empezado.

—Esplicate; esfinge.

Monjoyeux cogió de su bolsillo una petaca de piel de Rusia, encuadrada por adornos de platino.

—Quereis cigarros!

Era la primera vez que Monjoyeux ofrecia cigarros.

—Diablo! cuanto lujo! exclamó Octavio: has descubierto una mina de oro ó una tia avara?

—Algo mejor que esto: me caso.

—Oh! Monjoyeux; voy á encontrarme indisputo: no se dispara así á los amigos un cañonazo. Te casas!

—Sí. Ya comprendereis que no puede uno pasarse por menos de esta catástrofe para fumar semejantes cigarros, ofrecidos por mí á mí mismo.

—Os casais! Y existen aun mujeres?

—Habia una y yo la he tomado.

—Y es hermosa?

—Como la belleza. Figuraos una Transteverina con una figura de milanesa. Una estatua de carne llegada de Arles á Paris sin tocar en la Academia de Antigüedades. En una palabra: una obra maestra viviente.

—Y qué hareis cuando esteis casado?

—Vaya una pregunta! Haré mi camino.

Los tres amigos se echaron á reir.

—Hacer su camino, dijo Octavio: hé aqui una

preocupacion vieja. Somos acaso dueños de nosotros?

—Sí, de todo el mundo excepto de vuestra mujer.

—De mi mujer como de todo el mundo.

—Permitidme el ser indiscreto, interrumpió Octavio: que papel representará tu mujer en este camino?

—Representará el papel de todas las mujeres que quieren que sus maridos hagan su camino.

—Oh! Monjoyeux! yo no os creia descendido hasta este grado de escepticismo, para pronunciar una frase con gracia.

—Me creeis con un alma mas elevada que todos esos ambiciosos que cruzan debajo de nuestros ojos, corriendo tras sus quimeras, escoltados por todos los vicios, arrojando sus queridas, sus mujeres, sus hermanas á todas las concupiscencias, que abrirán su mano para dar á uno cruces, á otro una embajada en el Monomotapa, á otro una concesion del camino de hierro de Roma á la luna. Yo no me pago de otra moneda que la que admite esta gente.

—Despues de todo, dijo Miravault que pasaba por despreocupado, los antiguos vendian sus mujeres; por qué los modernos han de estimarlas mas ó menos que los antiguos? La mujer no debiera ser mas que un objeto de lujo que se pasa de mano en mano hasta el último subastador, hasta que se convierte en madre de familia.

—Tranquilizaos, señores, dijo Monjoyeux que-

riendo enmendar lo que habia dicho: me burlo de cosas santas. Para mí la mujer es el alma, la poesía, la conciencia del hombre; ella debe ser para él la imagen de Dios en la tierra. Aquel que la sacrifica ó la insulta es indigno del título de hombre. Hé aquí porque odio mi siglo; hé aquí porque quisiera abofetearlo frente á frente de los siglos pasados y frente á frente de los siglos que están por venir.

—Esta indignacion me hace bien, dijo el señor de Parisis; me recuerda que hace ya mucho tiempo que he leído á Juvenal. Por qué no tenemos un Juvenal? No tenemos mas que Suetonios.

—Un Juvenal! interrumpió Monjoyeux: no lo leerás tú. Apenas tienes tiempo de leer los periódicos que se ocupan de las carreras.

—Tienes razon, Monjoyeux: los malos versos nos han hecho perder la aficion á los buenos.

—No os gustan sino los que vienen de lejos; los versos de contrabando. Lo que os falta es un Moliere: si Moliere os pusiese en escena en vuestra pomposa vagancia caeriais en el ridículo bajo la homérica carcajada de aquel genio honrado.

—Sí, tiene razon, murmuró el príncipe Azul: no falta sino un Moliere á la gloria del siglo diez y nueve: tenemos aun sus tipos; mas la comedia no sabe copiarlos.

—Sí, todos sus tipos, menos el del enfermo imaginario.

—Adios, dijo Monjoyeux, tendiendo sus dos ma-

nos: me he convertido en hombre formal, y vosotros sois aun locos: adios, ya tendreis noticias mias.

Los tres amigos se separaron.

—Te has puesto pensativo, dijo Saint Aymour á Parisis.

—Este loco es un sábio: nos há dado la primera advertencia: vivimos como hijos pródigos; sacudamos, pues, todas esas aspiraciones femeninas que nos atan los brazos. En cuanto á mí ni siquiera tengo fuerzas para acostarme.

En efecto: en aquel dia Octavio habia vuelto del club al salir el sol, habia mirado su lecho, que no le aguardaba, y se habia echado sobre un sillón, descontento de todo, hasta del sueño.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
1915-1916
349. 1023 MONTERREY, MEXICO

XX.

MONJOYEUX BEPRESENTA UN PAPEL NUEVO.

Cierta mañana se trajo esta esquila de matrimonio, al señor de Parisis:

«El señor Fructidor Monjoyeux, tiene el honor de participar á V. su efectuado enlace, con la señorita Alina de las Roches.»

—De las Roches! exclamó Octavio; Diab! nuestro hombre no se vulgariza. Quien podrá ser esa Alina de las Roches?

El señor de Parisis tenia la pretension de conocer todas las mugeres.

—Habrá sacado ésta de algun nido del pais latino ó de Mcntmartre. Le deseo una golondrina: esto le traerá dicha.

Volvió la primera hoja de la esquila para leer la segunda:

«La señora condesa de las Roches, tiene el honor de participar á V., el enlace de la señorita Teodula-Alina de las Roches, su hija, con el señor Horacio Monjoyeux.»

—La condesa de las Roches! de donde diablo sale? Debajo de la hoja se leia en caracteres imperceptibles: *Litografia de Kardec, en Nantes.*

—Oh! oh! una noble de Bretaña! Como se lo arregló para dar este golpe maestro?

En aquel mismo dia, al caer de la tarde, mientras fumaba con sus amigos en los Campos Elíseos, el señor de Parisis reconoció á veinte pasos, la enmarañada cabellera de Monjoyeux, en un grupo de paseantes que asistian á la fêria de mugeres, que van á venderse en el Bosque.

—Estoy cierto de que se encuentra aquí con su mujer, dijo Octavio.

Y se dirigió recto hácia Monjoyeux.

—Amigo mio, le dijo este: he aquí mi mujer.

—Donde diablo he visto yo ese rostro? se preguntó Octavio, buscando en su imaginacion, en una esfera donde no debia encontrarlo.

En estos tiempos de rubias y de morenas, en que las morenas se hacen rubias, y las rubias se hacen morenas, sin hablar de otras en que el pastel y el lápiz negro trazan en el semblante sus líneas, los ojos mas avisados se engañan facilmente. Octavio conocia aquella mujer pero no la recordaba.

Era una jóven algo robusta; pero de buen continente. Era rubia y blanca, velada con una blonda negra y con polvos de arroz.

Monjoyeux, tomando su teatral desenvoltura, dijo:

—Señor duque: tengo el honor de presentaros á la señora Monjoyeux.

—Señora, dijo Octavio, inclinándose á la manera con que podia hacerlo ante una noble de Bretaña, celebre mucho que mi amigo Monjoyeux haya contraido este enlace. He aquí lo que se llama un buen principio.

La jóven no respondió una palabra: se habia ruborizado, y se habia levantado á medias, bien como si no supiera lo que se hacia.

—Sí, dijo Monjoyeux; vos lo dijisteis: es un buen principio. Desde hoy me siento nacer á la vida: ya vereis muy pronto lo que puede un hombre con una mujer.

El señor de Parisis que observaba á Monjoyeux notó mas amargura que alegría en la sonrisa del comediante.

Saludó por segunda vez, y se reunió á sus amigos.

—Es Monjoyeux? le preguntaron; viste á su mujer?

—Es muy hermosa y muy tímida, y se ruboriza mucho: para ser manos bien nacidas, las tiene demasiado gruesas. Es una noble de Bretaña. La encuentro otro defecto: no sé si Monjoyeux ha dibujado su rostro; pero, como nuestros abuelos decian, le falta la inocencia del candor y está demasiado familiarizada con los polvos de arroz y el lapiz negro. Por lo demás yo no odio el arte en la naturaleza, cuando se emplea el pastel de Rosalba ó el lapiz de Vidal.

Un vago recuerdo cruzó la mente de Octavio; se le preguntó y el jóven no contestó.

—Ya estás pensativo. Te habrás enamorado de la recién casada?

—Nó: unicamente me recuerda á una mujer que la hice el amor al resplandor de la luna. Verdad es, que en el Bosque hay tantas mujeres que se parecen!

Todo Paris habló, no sin sorpresa del inesperado enlace de Monjoyeux.

—Que hará de su mujer?—Sin duda la amará puesto que es tan hermosa.—Se dice que no es rica.

—Quizá bajo la señora de la Roche, hay una cómica.

—Sin duda volverá á entrar en el teatro.—Quien sabe si su muger no trae un millon en la garganta á semejanza de la Patti?—O un abanico de actriz en la Comedia Francesa, á semejanza de la señora Lafontaine?

Ya se comprenderá que tan grave noticia fué dada por los periódicos, donde cierto dia se leyó esta carta de Monjoyeux:

«Señor Director:

»Se anuncia que vuelvo á entrar en el teatro: que mis amigos no vuelvan á empuñar sus silbatos: antes que cómico, soy escultor; he vuelto á coger mi cincel y me marchó á Roma: Si no hay mármol en Italia, iré á esculpir la nieve de la Rusia.

»Soy de V. con la mayor consideracion atento

»S. S. Q. S. M. B.

»MONJOYEUX.»

Hiciéronse comentarios á esta carta. Era el estilo ya muy conocido de Monjoyeux. Tenia su manera de escribir como tenia su manera de hablar. Al siguiente dia no se habló ya de esto. Monjoyeux desapareció del horizonte parisiense.

XXI.

DIVAGACIONES A ORILLAS DEL LAGO.

El duque de Parisis tenia siempre su corte; por mas que tratase de eclipsarse, sus satélites le probaban siempre que era un astro. En vano intentaba vivir en su casa para acostumbrarse á una ley mas severa: sus malos hábitos le arrojaban muy pronto en el cortejo de las locuras parisienses.

Era como estos reyes del siglo diez y nueve que se ven arrastrados por la política de sus ministros. Se proponia la enmienda para el dia siguiente; pero el dia siguiente era un dia mas.

Por lo demás, no se abdicaba facilmente la parte de monarquía en el trasiego y rumor contemporáneos: Octavio dominaba siempre en las carreras, en los bastidores y en los palcos de la Opera frecuentados por la gente de talento; no se desdeñaba tampoco de ser el ídolo de carne de las Phrynes advenedizas y de las Aspacias de contrabando. Como Alcibiades en sus dias de pereza, creia que las mugeres son una legion que dan cierta gloria al capitan.

Todos los dias, á las seis, encontraba sus amigos

en el Bosque de Bolonia, quien á caballo, quien á pié, quien en coche.

Cierto dia estaba con ellos á orillas del lago seguidos y observados por algunas señoritas de alto bordo.

Pero aquellos jóvenes no se dignaban volverse. Verdad es, que se hallaban perdidos en las esferas de la filosofia. Rehacian el mundo, ni mas ni menos.

—Si, dijo Miravault, es un bello sistema, una teoria preciosa; falta solo en ella una cosa: el capital.

—El capital! exclamó el príncipe Azul; que es esto? El credito es lo que constituye la fuerza del estado y la mia propia. Todo lo que es bello está al alcance de todo el mundo: el talento, la juventud, la hermosura. He aquí los tesoros vivientes.

—El príncipe habla bien, dijo Octavio; tiene razon, es necesario levantarse contra la tirania de los escudos cuando se carece de ellos.

—Ya he comenzado por esto, dijo Miravault.

—Eres tú muy rico aunque seas ca-pi-ta-lis-ta? Siempre he visto que los capitalistas reunian dinero para los otros. Son hormigas que preparan graneros de abundancia mientras la cigarra danza, y canta.

—Lo que estas diciendo, es tan viejo como Lafontaine. Ya se ha escrito una contra-fábula.

—En fin, el dinero no es nada por si solo, toda vez que es necesario cambiarle para gozarlo. Mi verdadera fortuna está en mi corazon, lleno de pasiones, y no en mi cartera llena de billetes de banco. Reunid

á todos los banqueros y preguntadles si tienen, entre todos, tanta fortuna cual yo.

—Tu te alabas.

Parisis no se alababa del todo.

—Ved, sino, prosiguió: el alma del mundo no es ese ladron que se llama Mercurio, sino Venus saliendo de la espuma, desnuda. Y Venus no trae ningun portamonedas en la mano.

—Cállate, dijo Miravault, pregunta á las Venus que nos siguen si está aquí Venus.

—Tu reduces mi símbolo á un miserable rasgo de talento. Estas Venus no se parecen á su abuela, sino en la espuma.

—Tu, Miravault, tu vienes de comprar una hacienda: ya estás adelantado. Es necesario que lo sepas: unicamente los ugieres, las langostas y la nacion, viven de la propiedad. El verdadero rico, no es el que posee, sino el que gasta.

—El dinero tiene razon contra todas las paradojas. Sin dinero, el hombre se queda toda su vida con las manos atadas.

—No irás, ahora á hablar de la libertad y de los principios reconocidos antes de la gran Revolucion. Amigo mio: desde que levantaron barricadas contra Dios, las demás sublevaciones han sido agua de rosas.

—Pues yo estoy por los principios, insistió Miravault.

—Desde que eres rico, y que quieres ser diputado. Está bien.

—Sí: quiero que la fraternidad se inscriba en letras de oro.

—Nó, en luises de oro, dijo Saint-Aymour.

—La fraternidad! dijo Parisis con amargura: el día en que la vea, consideraré hecha mi fortuna.

—Como la harás?

—Muy sencillo, haciéndome armero.

—Escéptico! no creerás nunca en nada?

—Sí, yo siempre creo en el mal: no creo que se haga el mal por el mal; pero creo que se hace el mal para alcanzar el bien.

—Y por esto dás todo lo que tu tienes?

—Créeme, mi querido Miravault, sé diputado si tienes voz para ello; mas todas las teorías contemporáneas son gallinas con huevos de oro que no pondrán jamás.

—Y sin embargo, sería tan fácil el hacer algo para estos dos millones de almas que viven en Paris.

—Dos millloñes de almas? Si no hay ninguna! Tú eres un teofilántropo que me divierte con sus ilusiones. Mira: las ilusiones políticas son perros atados con salsichones.

—Octavio tiene razon, dijo el príncipe Azul: la vida no es mas que un juego de estafas. En otro tiempo se trabajaba para la edad madura; hoy se vive por hoy.

—Sí, pero y el mañana?

—El mañana! Es la muerte. O si tu quieres, el mañana es la vida, puesto que hacemos al día si-

guiente lo mismo que hemos hecho el día anterior.

—Ah! mi querido príncipe: todo es triste. Cuando nada se sabe de la vida, no se sabe vivir, y cuando se sabe todo, no se sabe vivir mejor.

Entretanto todo el mundo habia partido; Octavio decia adios á la princesa***: Solo habian quedado algunos calaveras. Estos señores concluyeron por volverse hácia las damas.

—Calle! dijo el príncipe Azul; hé aquí á Torna-sol. Porque diablo vienes al Bosque?

—Porque el Bosque no me dá sombra y no puede vivir sin mí.

—Ah! sí; tú eres una hija del bosque. Cuando eras muy niña ibas al bosque para recoger leña; hoy vienes aquí para ver si álguien hace leña contigo. Quién ha pagado la cola de tu trage?

—Qué te importa, príncipe mio, si tu no has sacado un céntimo?

—Qué veo! prosiguió el príncipe; la señora Perro-Lobo en persona!

—Yo misma.

—Creí que tu grandeza te pegaba á la orilla del lago.

—Vaya, no destrócés mi blason: ya sabes de quien desciendo.

—Desciendes de Montmorency por la línea de sus asnos.

—Vale mas descender de las montañas sobre un

asno, que bajarlas á pié, señor príncipe que ya pasas de azul.

—Le has dado una coz, Perro-Lobo, dijo uno de los calaveras. En otro tiempo el príncipe Azul era un leon.

—Sí, un leon que jamás brilló sobre un fondo de oro.

—Perro-Lobo: tus blancos dientes muerden mucho. Te llamarias Eva si tus rubios cabellos fuesen tuyos.

—Tú te llamarias serpiente si tuvieses manzanas que ofrecernos. Por qué no te pareces á tu amigo Octavio de Parisis? Tú no te pareces ni á Adan ni á Eva.

—Al menos esta vale tanto como dos Evas, interrumpió la señorita Tornasol.

El príncipe Azul tenia todas las mujeres en contra suya: era valiente; pero miraba al horizonte cuando su amigo Octavio no podia socorrerle.

Vió pasar ante sus ojos el fantasma de la señora de Entraygues que ponía el dedo en su boca, bien como si tratase de reprocharle por haberse rebajado de aquel modo.

Sucede con frecuencia que se vé la imágen, la vision, el fantasma de una mujer antes de haberla visto en carne y huesos. Esto fué lo que sucedió al príncipe Azul: el recuerdo de la señora de Entraygues habia ido á inquietarle por una de esas vagas apariciones que no se esplican, cuando, de repente, el príncipe Azul vió aparecer á la señora de Entraygues, dando

el brazo á una de sus amigas, á una condesa cual ella que habia caido desde lo alto de su virtud á las profundidades del medio mundo.

—Mira! dijo Octavio al príncipe: héte aquí en un país que ya conoces.

—Y tú tambien.

Octavio no habia visto á la señora de Entraygues desde su segunda caida. No estaba muy ruborizada. Se dirigió hácia el señor de Parisis y le habló de Violeta.

—Qué quereis que os diga! La justicia, respondió Octavio, ha incoado un proceso; pero es la justicia de los hombres. Hay que temer el que esté ciega, puesto que los cargos aparecen contra Violeta. Y sin embargo, vos sabeis tan bien como yo que no es una envenenadora.

—Pobre Violeta!

—Tranquilizaos: yo la salvaré.

Octavio miró la señora de Entraygues.

—Tambien vos deberiais salvarme.

—Creí que el príncipe Azul se habia encargado de ello.

—Él! Pertenece á vuestra escuela. Es un cómico que representa muy bien el papel de Leandro; pero á lo menos vos creais los papeles, mientras que él no hace mas que recitarlos.

—Creí que erais los mejores amigos del mundo.

—Qué quereis! cuando no se tiene el primér actor se toma á los comparsas.

Y luego de pronunciadas estas frases de teatro, la señora de Entraygues desapareció con su amiga.

El príncipe Azul se habia adelantado.

—Así va el mundo, se dijo Octavio; cuando pienso que hay gente que se levanta muy temprano para dirigir y moralizar su siglo!

XXII.

EL TRIBUNAL DE ASISES.

Entre tanto el proceso sobre el ramillete de rosas llegó ante el jurado de Auxerre.

Los periódicos de Paris teniendo en cuenta la naturaleza romántica y extraña de aquella causa, despacharon sus cronistas para que hicieran de todo una reseña; la capital de Yonne fué invadida por los forasteros, sobre todo por los parisienses. Algunas señoras á la moda siguieron la muchedumbre. Se hubieran comprado los buenos puestos á quinientos francos, bien como si se tratase de una representación en la Opera.

Cuando apareció Violeta, una voz dominó todos los murmullos. Era la de una aldeana que no pudo menos que gritar: «Es toda blanca y toda negra.» Y en efecto, el pálido rostro de Violeta aparecia como encuadrado entre blondas negras que caian sobre sus ojos sin ocultar su hermosa cabellera negra. Andaba entre dos gendarmes con digno y grave paso. No habia creído hasta entonces que se la hiciese presentar ante el jurado; mas á fuerza de rogar á Dios se habia